

La ultraderecha “cáncer que está empezando a extenderse de nuevo” ¿Hay metástasis en Chile?

Pablo A. Guerrero Oñate

A pocos días de celebrarse el septuagésimo quinto aniversario de la rendición del régimen nazi, el Secretario General de las Naciones Unidas (ONU), Antonio Guterres, afirmó que en distintas partes del mundo es posible encontrarnos con movimientos políticos que “confiesan su filiación neonazi, o al menos, usan la simbología, las imágenes, las palabras, como sangre y suelo” en distintas partes del mundo, generando un “cáncer que está empezando a extenderse de nuevo” volviendo esencial que recordemos las lecciones que la Segunda Guerra Mundial nos dejó para la posteridad. En Chile, las palabras del Secretario General parecen haber quedado plasmadas en los diarios y noticieros como partes decorativas de un discurso moral al alero de las magnificentes conmemoraciones por la victoria de las fuerzas aliadas en 1945, ya que constituyen un problema que para el común de la población chilena, es aún lejano y se encuentra circunscrito a la realidad de los países involucrados en los grandes procesos históricos, económicos, políticos y sociales del mundo.

En este sentido, somos testigos lejanos del trumpismo y su envalentonado discurso xenófobo y nacionalista que cada vez que puede, saca a relucir el mandatario norteamericano o bien, de la figura de Marine Le Pen quien habiendo obtenido el 33,9% de votos en la segunda vuelta presidencial, logró devolver al partido Frente Nacional a la escena política tras un largo ostracismo mediático y político fruto del discurso racista, nacionalista y antisemita, que durante décadas fue considerado por la sociedad francesa como indigerible, y por último, del poder e importancia que Alternativa para Alemania (AfD) y su líder Alexander Gauland, han conseguido pese a mostrarse abiertamente favorables al uso de armas de fuego en la frontera para frenar la llegada de refugiados, a su declarado anti-islamismo y su lamentable consideración del memorial del Holocausto como el monumento de la vergüenza, aspectos que poco pesaron para evitar que se transformaran en la tercera fuerza electoral en el país germano, sentando el retorno de la ultraderecha al parlamento alemán después de 60 años.

Pero las ideas de Trump, Le Pen y Gauland: rechazo al establishment, odiosidad al enriquecimiento desmedido de una elite producto del capitalismo, oposición a la apertura internacional de las sociedades y el retorno al nacionalismo y proteccionismo, la apuesta por encarnar el descontento de aquellos desplazados por el modelo económico, así como el rechazo al avance del liberalismo cultural, la libertad sexual, el laicismo y el aborto ¿son en definitiva ideas ajenas a la cotidianidad de la sociedad chilena?, ¿debemos preocuparnos en Chile por este tipo de pensamiento de extrema derecha?

En primer lugar y respondiendo la primera de las interrogantes planteadas, hay que señalar que aquel contexto político, social, económico e internacional que dio sustento al surgimiento y expansión de este tipo de ideologías en el Viejo Continente y Estados Unidos, ha comenzado desde por lo menos el último bienio, a replicarse en el país. Cesantía, falta de oportunidades laborales, bajos sueldos, alta inmigración, sectores desplazados y desposeídos cada vez más numerosos y excluidos del

crecimiento y desarrollo económico y, planteamientos del liberalismo cultural han sido solo algunos de los hechos y descontentos que los ultraderechistas en Chile y el mundo, han utilizado para exacerbar los nacionalismos como método eficaz de campaña y aglutinación política, es decir, los han sabido capitalizar para crear un enemigo interno a la nación.

Fue así como en Chile durante las pasadas elecciones a la presidencia, el abogado y ex diputado José Antonio Kast quien obtuvo el 8% de los votos, un porcentaje que a simple vista no debería preocupar si consideramos que el universo electoral ascienden a más de 13 millones de personas, logró agrupar a ese importante número de compatriotas que se sienten identificados con un discurso excluyente, antidemocrático, de revalorización de lo militar, discriminador, que rechaza los cambios experimentados en democracia y aspira a borrar los avances en materia de libertades tales como el aborto, la igualdad de género, el matrimonio homosexual y la adopción homoparental, entre otras materias, es decir, el ultraderechismo logró encarnarse en una persona e instalarse en la política y sociedad chilena.

Cabe señalar al respecto, que el concepto de extrema derecha se refiere a una corriente ideológica posicionada a la derecha, a menudo conducida por un discurso contrarrevolucionario y por ello, conservador. En él, se valoriza lo nacional y siente una nostalgia por el pasado idílico creado por un régimen de autoridad, en el caso chileno la dictadura cívico militar del General Pinochet y sostiene la exclusión del otro ajeno a la nación, mediante la exacerbación de los sentimientos nacionalistas, raciales y populistas que sirven de argumento legitimador al discurso de odio camuflado que para muchos puede parecer irracional, pero en su lugar, tiene mucha coherencia interna.

De este modo, el extremismo ideológico de Kast ha sabido acoger e incorporar aquello que se escucha cotidianamente en algunos sectores de la sociedad chilena: la desigualdad natural entre los seres humanos y superioridad del blanco por sobre aquellos afrodescendientes de países como Haití, Colombia e incluso Venezuela que han llegado en los últimos años al país, el rechazo a la ley de aborto, la idea de enviar efectivos militares a la zona del conflicto mapuche en la región de la Araucanía, impulsar la tenencia de armamento de fuego en los hogares como mecanismo de defensa contra la delincuencia y ensalzar el rol de las Fuerzas Armadas como reserva moral de la nación, así como otras propuestas que forman parte de un discurso violento y que lamentablemente, se han ido normalizando en la sociedad chilena teniendo muy poco de incoherentes, ni mucho menor irracionales.

¿Debemos preocuparnos en Chile por este tipo de pensamiento de extrema derecha? La respuesta a nuestra segunda interrogante es un evidente si. Al mirar la experiencia internacional, así como las lecciones que nos entrega la Historia, aquellas sociedades que miran con desinterés los cursos de acción que toma la política y considera que aspectos fenotípicos como el color de piel o bien, la creencia religiosa imperan por sobre la dignidad del ser humano, han sufrido lamentables episodios de odio y anomia social que en la actualidad ya no debieran siquiera ser debatidos. Es necesario, en pos de la democracia y de una actitud más activa y no solo reactiva, poner límites a la libertad de expresión de aquellos individuos que realizan mediante sus dichos e ideas, una incitación al odio y por ende, una incitación a actos de violencia,

discriminación, exclusión, odio racial, militarización y en particular, división irreconciliable al interior de las sociedades democráticas modernas.